

POR UNA NUEVA CONCIENCIA SOCIAL

PASADO, PRESENTE Y
FUTURO DEL EMPLEO
EN ESPAÑA

Cómo
construir
una sociedad
más justa y
equitativa

CÁNDIDO MÉNDEZ

SECRETARIO GENERAL DE UGT DESDE 1994 HASTA 2016

DEUSTO

Por una nueva conciencia social

Pasado, presente y futuro del empleo
en España

CÁNDIDO MÉNDEZ



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Cándido Méndez c/o Thinking Heads

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: junio de 2024

Depósito legal: B. 8.585-2024

ISBN: 978-84-234-3742-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Introducción. Todo empieza por el trabajo	13
---	----

PRIMERA PARTE

Fuego del que soy chispa: memoria personal

1. Historia familiar	23
2. La hora del cambio	47
3. Vocación política y sindical	63

SEGUNDA PARTE

La lucha por los derechos de los trabajadores: memoria sindical

4. El auge del liberalismo	99
5. La resistencia	107
Las pensiones	107
Contrataciones y paro	114
La mochila austríaca. La formación para el empleo y el despido	117
Marcos salariales.	123
Ley de Dependencia.	125
Igualdad de género.	128

6. Precariedad laboral y desigualdad; ingreso mínimo vital y renta básica universal	139
7. Trabajadores: actores fundamentales de nuestro progreso social	149
La pérdida del orgullo de ser trabajador: individualismo, reflexión y experiencia	159

TERCERA PARTE

La nueva conciencia: apuntes para afrontar la lucha futura

8. La gran diferencia	169
Sostenibilidad y crecimiento económico: ¿una dupla imposible?	169
Hacia una transformación verde realista	175
Nuevas tecnologías: la propuesta D3	180
Los dos pilares: turismo y motor	186
Un país al servicio de las personas	192
9. Nuevos trabajadores y nuevos derechos	195
Los secretos del salario mínimo interprofesional (SMI) ..	195
Reducción de jornada	199
El paro juvenil	205
Los mayores de 55 años	210
La precariedad de los trabajadores por cuenta propia	215
10. La dimensión política, zonas disruptivas	221
Acción fiscal	221
Productividad y desigualdad	226
Mecanismos de solidaridad	231
La nueva estabilidad económica	238
Tener vivienda gracias al trabajo, ¿una misión imposible? ..	243
Proyección sobre los sistemas de pensiones	248
Algunas reflexiones finales	253
Bibliografía	259

Primera parte

**Fuego del que soy chispa:
memoria personal**

Gran parte de mi vida la he dedicado a reflexionar sobre el concepto de igualdad, tanto en el ámbito laboral como en el educativo o en cualquier otro aspecto u otra fase de la vida; pero es en los ámbitos educativo y laboral donde se generan las bases para una concepción de la vida respetuosa con la diferencia, arraigada en la igualdad entre todos los seres humanos de la Tierra, o no, dependiendo de la orientación que tanto en el ámbito familiar como en la escuela hayamos tenido. En este punto, podemos contrastar la idea de igualdad con la realidad actual, en cuanto a las posibilidades de encontrar un empleo adecuado, con un salario digno y con unas condiciones de trabajo para las que el axioma «igual salario a igual trabajo» sea respetado y efectivo; y eso no sucede así en muchas ocasiones, como intento exponer en estas páginas. Isabel Tajahuerce, profesora en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, y Paula Ruiz, responsable de la Unión de Técnicos y Cuadros de la UGT de España y vicepresidenta de Eurocadres (organización asociada a la Confederación Europea de Sindicatos), han tenido la gentileza de dedicarme horas de su tiempo para que pudiera extraer de mi memoria tanto recuerdos casi olvidados de mi infancia como otros, sin embargo, bien grabados en mi mente; con sus preguntas, ellas me ayudaron a narrar retazos de la

vida de mi familia de origen, especialmente de mi padre. Porque, en principio, mi intención era escribir una semblanza de la vida de mi padre, que me parece que refleja en cierto modo la vida de la clase trabajadora española a lo largo del siglo xx, y que, sobre todo para mí, ha sido la gran referencia vital. En estas conversaciones, el tema de la igualdad siempre estuvo presente, y también el del papel de la mujer, muchas veces velada por los prejuicios a lo largo de la historia contemporánea de España y, lógicamente, en mi vida familiar. Es probable que quien esté leyendo estas páginas haya supuesto que estos diálogos se producirían durante el obligado aislamiento a causa de la pandemia de la COVID-19, y así fue. Mi esposa y yo, como muchas parejas mayores, no salíamos de nuestro piso, y esta clausura era muy llevadera por las visitas esporádicas de nuestro hijo Joaquín, que nos traía vituallas, y por la «ventana» al exterior que nos proporcionaban las nuevas tecnologías, que nos permitían ver en las pantallas a nuestros familiares, a nuestras nietas y nuestro nieto, Galia, Nelda —nacida durante la pandemia— y Gael (la más pequeña, Romy, nació en 2022), y también hablar con Sara y Lotte, las parejas de nuestros hijos Joaquín y Cándido, desde un barrio vecino de Madrid con Sara y Joaquín, y desde Baviera en el caso de Lotte y Cándido. Durante la pandemia también tuve ocasión de recorrer tres itinerarios del Camino de Santiago, virtuales en cuanto al paisaje y reales en cuanto a pedaleo en la bicicleta estática, que estaba ociosa desde que nuestro hijo mayor dejó de usarla, y que la pandemia convirtió en una exigente entrenadora contra el apoltronamiento. En la pandemia hubo quien aprendió a amasar y a cocer pan, todos nos familiarizamos con la masa madre, y también tuvimos oportunidad de hacer cosas pendientes que no exigían salir a la plaza pública salvo con la imaginación, como fue mi caso, lo que me permitió esbozar las ideas para el arranque de este libro.

Historia familiar

Ni soy poeta ni lo pretendo, y tampoco soy un lector frecuente de poesía, pero hay un libro de poemas cuya dedicatoria ha dejado una impronta imborrable en mi recuerdo. Reza así: «En mi memoria / a mi padre / fuego / del que yo soy chispa». Es la dedicatoria de *Y otros poemas*,³ de Jorge Guillén, quien con 80 años quiso dedicar este libro a su progenitor, al que consideraba artífice de su ser. No osaría compararme con una de las grandes figuras de la generación del 27, pero no puedo evitar encontrar cierto paralelismo, pues, al igual que él, yo tengo una gran deuda con mi padre. Además, al escribir estas líneas sobrepaso ya los 70 años, por lo que me encuentro en el mismo umbral en el que se encontraba Jorge Guillén cuando quiso dedicarle ese libro a su padre. Me siento muy identificado con esa dedicatoria y con el libro, una suerte de ejercicio de reflexión sobre la figura de su padre en una época ya tardía.

Sin dejar de mirar hacia delante, echar la vista atrás es un buen ejercicio para entenderse a uno mismo y comprender el lugar en el que nos encontramos. Observando el pasado podemos entender las decisiones que trazaron nuestro rumbo en la vida y encontrar multitud de lecciones ocultas entre los recuerdos. Y no sólo a nivel

3. Guillén, Jorge, *Y otros poemas*, Madrid, Anaya, 1993.

personal, pues cualquier sociedad que olvida su pasado está condenada a incurrir en errores que otros ya cometieron y a asentarse en la ignorancia del porqué de su presente. Hoy, muchos, sobre todo entre los integrantes de las generaciones más jóvenes, desprecian el pasado o directamente deciden ignorarlo, y no son conscientes de que las libertades de que ahora gozamos y la democracia en la que hoy vivimos son fruto de la dedicación, el sufrimiento y el esfuerzo de grandes hombres y mujeres que pusieron en riesgo su vida y sacrificaron su tiempo para que sus hijos y los hijos de sus hijos vivieran en un mundo mejor, uno en el que no fuese necesario reunirse en la clandestinidad, en un oscuro sótano de un local cerrado o bajo el amparo del techo de una iglesia.

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, en la última etapa de un franquismo ya cerca de exhalar su último aliento, todavía se perseguía a quienes se oponían ideológicamente al régimen, pero eran muchos —entre los que con orgullo puedo incluirme— los que de manera activa trataban de que la situación cambiase.

Los cimientos de la libertad, los valores que tiempo más tarde conformarían el texto de nuestra Constitución, se fraguaron en reuniones secretas y encuentros clandestinos en los que compartían espacio distintas generaciones, aunque la mayoría no hicimos sino recoger el testigo de nuestros padres, cuya convicción y valentía en tiempos aún más oscuros fueron un faro en aguas tenebrosas.

Durante toda mi infancia escuché historias de lucha de héroes anónimos, mujeres y hombres que no se habían doblegado ante la tiranía y habían osado enfrentarse a la opresión y al autoritarismo. Pero, para mí, aquellos individuos bravos e indómitos no eran sólo personajes, sino también seres de carne y hueso. No sólo eran ideas o figuras fantasiosas, eran personas a las que uno podía incluso preguntar directamente por sus hazañas y sus tragedias. Mi padre era uno de ellos.

Parte de mi vida, de mi infancia y de mi juventud, transcurrió entre sombras y veladas subrepticias, y eso fue así a causa del fuego que ardió antes que yo, de las llamas que forjaron mi identidad y de las que yo soy chispa. De forma inevitable, mi vida se entreteje con la de mi padre.

Fui bautizado con el nombre de Cándido por él, también llamado Cándido, que a su vez le debía su nombre a su padrino, como una vez me relató. Éste había sido alguien muy cercano a su propio padre, a quien le decían indistintamente Leopoldo o Emerterio. La historia de mi nombre no es distinta a la de muchos niños de mi generación. Antes era frecuente que a uno le pusieran el nombre de su padre y que éste fuera un nombre ya heredado.

Nací en Badajoz, en un barrio llamado San Roque, conocido de forma popular como el «barrio de los machas», nombre derivado de una expresión utilizada en Extremadura para referirse a aquellos que se ganaban la vida machacando aceitunas de mesa, aunque siempre creí que aquel apelativo se refería a lo machos —y «machas»— que eran sus vecinos. Es un barrio muy pintoresco, de trabajadores, con calles polvorientas y casas modestas en las que habitaban hombres y mujeres de manos curtidas por el sol y el trabajo de la tierra. No tengo demasiados recuerdos de ese barrio, porque allí viví durante muy poco tiempo. Mi padre era un hombre de oficio errante, y mi niñez transcurrió en distintos lugares. Campillo del Río, Úbeda, Martos, Jaén... Yo vine al mundo en Badajoz, la capital. Por aquel entonces, mi padre se buscaba la vida como buenamente podía. Trabajó en la construcción, dio clases e incluso estuvo al frente de una carnicería. Entremedias, mientras se asentaba en sus nuevos destinos, hubo períodos en los que viví con mi abuela materna, Nicasia. Atesoro en mi memoria aquellas pequeñas islas de tiempo con gran cariño. El día en que falleció Nicasia, cuando yo tenía unos 12 o 13 años, fue un día muy triste. Había enviudado y vivía sola en Barcarrota, el pueblo pacense de Extremadura de donde eran mis padres, y en el que habían nacido mis hermanas antes de nacer yo.

Albergo recuerdos entremezclados de diferentes etapas en Barcarrota, con 5 o 6 años, aunque no olvido el nombre de la calle en la que se encontraba la casa minúscula de fachada blanca de la madre de mi madre: Benegas. Mi abuela Nicasia, como ya dije, era viuda. Era una mujer de corte tradicional, siempre vestida de negro riguroso, como entonces acostumbraban las mujeres que habían perdido a su marido. Recuerdo que cuando me portaba mal me amenazaba con ir a buscar a los municipales, los guardias del

pueblo. Le bastaba con hacer ademán de ponerse el pañolón negro con el que se cubría el cabello para salir a la calle: «Candi, Candi-dito, voy a buscar a los municipales», decía. Era suficiente para que me pusiera a llorar, y así lograba ella meterme en cintura.

En ese remoto enclave extremeño de calles estrechas y silenciosas se sucedieron distintos y breves pero imborrables momentos de mi infancia. Es el pueblo en el que se criaron mi madre y mi padre, aunque él pasaba parte del año en un chozo cercano a la frontera con Portugal. Eso me contó una tarde en la que quise saber sobre su niñez. Mi abuelo Leopoldo Emeterio (o Emeterio Leopoldo) era pastor de ovejas. Se ocupaba de un rebaño que no era suyo, y buena parte del año habitaba en una pequeña choza a kilómetros del pueblo y cerca de la raya de Portugal. Lo hacía acompañado por su familia, que integraban sus hijas Santa, Micaela y María, mi padre y mi tío Manolo, que ya había muerto cuando yo tuve uso de razón. Al parecer, mi tío era alto y buen mozo, por lo que sirvió en la Guardia Real y, tras licenciarse en Madrid, se presentó con una bicicleta y una gabardina en Barcarrota —así lo contaba mi padre—, hecho notable, puesto que en el seno de una familia de clase trabajadora nadie poseía ni una bicicleta ni una gabardina.

A mi abuelo Emeterio lo conocí ya jubilado, y lo recuerdo tomando el liviano sol de invierno, con la pelliza, sentado en un poyo en la fachada de la casita donde vivía con mi tía María. Ese recuerdo lo tengo atado a unos trozos de galleta, que distraía de su desayuno para dármelos cuando me acercaba a él. Mi abuelo era «chovo», o zocato, como se dice en Jaén, es decir, zurdo. Es un rasgo que comparte con él uno de mis hijos, que, por cierto, al igual que mi padre se llama Cándido —destaco que se llama «como mi padre» y no «como yo» porque así me lo dijo mi mujer cuando el niño nació—; luego, mi hijo pequeño se llama Joaquín, como su abuelo materno. También sé que mi abuelo Emeterio era muy hábil con la honda. Cuando se aproximaba el día de Navidad, se armaba con aquella tira de cuero bien curtido, alojaba en el ojo de la honda un guijarro de tamaño considerable y le pegaba una pedrada a una oveja o a un cabrito para poner carne sobre la mesa en tan señaladas fechas. Al mayoral de la

finca le contaba que el animal se había despeñado, y éste resolvía que mi abuelo se llevase el animal para que comieran él, su mujer y su prole durante las fiestas.

Todas las familias de clase trabajadora guardan anécdotas e historias similares. Así lo he contado en innumerables tertulias a compañeros de UGT o del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Los protagonistas, los escenarios y el trasfondo varían, pero, en esencia, cualquiera que provenga de una familia de trabajadores puede relatar hechos parecidos sobre aquellos que le preceden: historias de escasez, esfuerzo, resistencia y solidaridad; hermanos que compartían la ropa o que incluso se turnaban para usar un par de zapatos en tiempos difíciles; conversaciones sobre cómo estirar cada peseta hasta el límite; sacrificios para que los hijos tuvieran una vida mejor; lecciones de abnegación y generosidad; una determinación férrea para superar adversidades y construir un futuro próspero...

Mi abuelo Emeterio trabajó muy duro para mantener a su familia y asegurar suficiente comida en la mesa; y también lo hizo mi padre. Para mí es un orgullo decir que provengo de una familia de clase trabajadora, de gente que lo daba todo por los suyos y salía cada mañana con su almuerzo empacado para cumplir con sus obligaciones y que toda la familia tuviera lo necesario.

Me honra constatar que soy una continuidad de mi padre, que a su vez lo es de mi abuelo. Y no me refiero únicamente al plano personal, sino también al ideológico. Como dice el refrán, la manzana nunca cae muy lejos del árbol.

Mi padre aprendió a leer y a escribir en la Casa del Pueblo, en Barcarrota, y desde joven se sintió atraído por la política. Decir esto hoy en día no tiene mayor trascendencia, pero los suyos eran tiempos convulsos. De hecho, su inclinación y sus convicciones casi le cuestan la vida. Primero se afilió al sindicato Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT), que era parte de la UGT; y, más tarde, con mucho afán, llegó a ser concejal por el PSOE en el pueblo. En su territorio, él fue uno de los impulsores de la huelga campesina que precedió a la revolución de 1934 en Asturias, la huelga general revolucionaria de octubre.

En junio de aquel año, próximos a la cosecha, Zabalza —el

líder de la FNNTT, sindicato de ámbito agrario englobado bajo el paraguas de la UGT— y Margarita Nelken —diputada del PSOE por Badajoz— instaron al sabotaje de la recogida mediante una huelga, lo que desestabilizaría de forma catastrófica al gobierno. En el contexto de un país fundamentalmente agrario, aquel movimiento resultaría crítico para forzar al gobierno a adoptar las sucesivas reivindicaciones socialistas. Esa huelga tuvo lugar a comienzos de junio, y, aunque sólo fue secundada de manera parcial, tuvo como consecuencia más de una decena de muertos y centenares de heridos. Se incendiaron campos y también maquinaria agrícola, y hubo más de doscientos detenidos entre dirigentes y activistas. La represión gubernamental afectó sobre todo a los jornaleros de la «España latifundista», Extremadura, La Mancha y Andalucía; y aunque el conflicto terminó resolviéndose mediante negociaciones con el gobierno —un acta de UGT recoge que los ministros republicanos acogieron con simpatía la propuesta socialista de jornales no inferiores a los del año anterior y la creación de tribunales provinciales compuestos por un obrero, un patrono y una persona neutral para arbitrar diferencias—, no sería más que el principio de todo lo que estaba por venir. Pocos meses después, el PSOE y la UGT organizaron la que se conocería como la Revolución de octubre de 1934, entre cuyas consecuencias, según registros oficiales, se documentan más de un millar de víctimas mortales y decenas de miles de prisioneros. Resulta complejo determinar si estos dos sucesos podrían considerarse el preludio de la Guerra Civil española, pero lo que está claro es que sirvieron de catalizador para acrecentar la polarización entre revolucionarios y conservadores.

La Revolución de octubre de 1934 no tuvo demasiado calado en Extremadura, una región en la que, pocos meses antes, los trabajadores habían experimentado la opresión del gobierno en respuesta a la huelga campesina de comienzos del verano, aunque cabe destacar que se dieron episodios aislados en los que hubo enfrentamientos con la Guardia Civil y asaltos a Ayuntamientos e iglesias.

Los ecos de la guerra resonaban como tambores distantes. Mi padre se encontraba entre aquellos que se negaban a perma-

necer en silencio, inspirados por un deseo ardiente de cambiar el curso de la historia y de transformar la realidad que los rodeaba. Compartía con muchos el sueño de un futuro más justo y libre en una época tumultuosa, de mucha confusión y graves conflictos.

He conocido la trayectoria de mi padre durante la guerra por el infatigable y elogiado esfuerzo de investigación de mi compañero y amigo Santiago de Córdoba, reflejado en su libro *Diccionario biográfico del socialismo histórico en la provincia de Jaén*.⁴ Se incorporó voluntario en agosto de 1936 al Primer Regimiento de Milicias Extremeñas, que se integró en la 91 Brigada Mixta, y allí fue comisario de compañía, para ascender a comisario de batallón en la 109 Brigada Mixta; y durante los últimos tres días de la guerra fue comisario de brigada y tomó la durísima decisión, junto con otro mando, de encarar las consecuencias de las negociaciones para la rendición asumidas por el Consejo Nacional de la Defensa el 26 de marzo de 1939, en el puesto de campaña de Talarubias (Badajoz).

En mi última etapa como secretario general de la UGT, allá por el año 2015, al finalizar un acto por Tierra de Barros, en Badajoz, se me acercó una persona perteneciente a una asociación de memoria histórica, y me preguntó si era pariente —nieto, me dijo— de Cándido Méndez Núñez. Le contesté que era mi padre, y entonces me explicó que su abuelo le había contado que, ante la desertión de los oficiales militares en la brigada, mi padre permaneció en su puesto y reunió a sus integrantes. Supongo que el pomposo nombre de *brigada* se aplicaba a un puñado de soldados aterrados ante las consecuencias de la derrota. Entre aquellos integrantes se encontraba su abuelo, y les ordenó que se quitaran los distintivos de la brigada, porque el hecho de haber resistido hasta los últimos días de la guerra podría acarrearles un sinnúmero de penalidades, además de la humillación de la derrota.

Nunca quiso ahondar demasiado en detalles sobre la crudeza de la guerra, si acaso relataba algunos cuando, los domingos por

4. Córdoba Ortega, Santiago, *Diccionario biográfico del socialismo histórico en la provincia de Jaén (1939-1979): exilio, clandestinidad y transición*, Mardara Editoras, Torredonjimeno (Jaén), 2021.

la mañana, me metía con él en la cama y le insistía, con la curiosidad irrefrenable y morbosa de los niños. Recuerdo que me decía que la guerra era sobre todo andar y esperar con miedo, esperar, la mayoría de las veces, a que pasara algo malo; también me dijo que había manejado una ametralladora británica Maxim, y decía que estaba orgulloso de pertenecer a un pueblo, el español, que resistió tres años, con las armas en la mano, a la traición de la gran mayoría de sus militares profesionales, que contaron con el apoyo de los dos ejércitos más poderosos del mundo en aquella época, el alemán y el italiano. Mi padre nunca fue proclive a la queja, y prefería mirar hacia el futuro antes que dejarse abatir por la pesada losa de aquella terrible etapa vivida por el pueblo español. Recuerdo que, poco antes de fallecer, el 9 de noviembre de 1991, estaba interesado en ir con mi madre a la Expo 92 de Sevilla, aprovechando —me decía— que podían alojarse en mi piso, ya que era la época en que yo fui secretario general de la UGT de Andalucía y residía en Sevilla con mi familia.

Mi padre sobrevivió a la guerra, aunque terminó recluido en la cárcel y sentenciado a muerte. Sin embargo, la condena nunca llegó a ejecutarse. La pena fue conmutada. Fue sentenciado a treinta años de encarcelamiento y trasladado al campo de prisioneros de Formentera, un campo de concentración donde acabaron recluidos muchos isleños y más de un centenar de extremeños, y en el que alrededor de la mitad de estos últimos murieron de hambre. El rancho que se daba a los presos era mísero y, hace algunos años, supe que el director del campo revendía parte de él a los habitantes de la isla, lo que llevaba al paroxismo el hambre de los reclusos. Sólo algunos afortunados recibían alimentos extra de sus familiares; a otros, con el mar por medio, la distancia respecto a sus familias los condenaba casi irremisiblemente a enfermar y a morir.

Si mi padre subsistió a aquel terrible encierro fue gracias a mi madre. Fue ella la que mantuvo vivo ese fuego del que yo soy chispa.

En aquel tiempo, mi madre trabajaba como niñera de una familia pudiente de Barcarrota, y gracias a aquello tuvo la oportunidad de hacer llegar comida a mi padre mientras estaba encarcelado. Un miembro de aquella familia rica del pueblo de mis padres era coronel del ejército nacional, y su mediación sirvió

para asegurar que la comida que mi madre y las hermanas de mi padre enviaban al campo de prisioneros llegara a su destino.

Tiempo después pude comprobar con mis propios ojos el afecto que esta familia de Barcarrota sentía por mi madre. Un día, estando yo en compañía de mi madre, ya mayor, se presentó en la puerta un hombre joven, ingeniero de profesión, que nos contó que ella era quien había criado a su padre.

La comida que mi madre y mis tías enviaron a Formentera permitió a mi padre y a un amigo suyo, Ramón Hernández, también recluido allí, permanecer con vida. De no ser por ellas, ambos habrían muerto irremediablemente. A este hombre tuve la fortuna de conocerlo antes de la Transición, todavía en la dictadura, en un viaje a Francia. Exiliado, como uno más de los millares de españoles que habían abandonado el país y cruzado la frontera gala, se había asentado en Issy-les-Molineaux, un suburbio de París. Tengo presente aquel viaje porque escondí en las maletas varios libros difíciles de conseguir en España. Charlando con Ramón, me hizo ver que aquella etapa de reclusión había quedado atrás, pero que el recuerdo jamás se borraría. Habían contemplado la muerte de decenas de compañeros sin poder hacer nada por evitarlo. Aunque no todo fue negativo. Allí, él, al que la guerra le impidió acabar la carrera de ingeniero de caminos, ayudó a mi padre a mejorar su formación y a adquirir nuevos conocimientos. Mi padre relataba con admiración que Ramón se sabía de memoria las definiciones del diccionario *Iter*, el de las 10.000 palabras del español. Yo utilicé en mi niñez este diccionario, y siempre que lo abría me acordaba de aquello, estupefacto porque fuera posible tal hazaña. Cuando ya mayor leí *Funes el Memorioso*,⁵ de Jorge Luis Borges, ese personaje trajo a mi memoria todo aquello.

Por suerte, mi padre no llegó a cumplir la pena completa de esos treinta largos años a los que había sido condenado. Fue liberado en 1945, aunque desde entonces tuvo que acostumbrarse a vivir con un estigma. Quedó en régimen de libertad vigilada, y su nombre pasó a engrosar una larga lista de personas no afines al

5. Borges, Jorge Luis, *Funes el Memorioso*, Buenos Aires, Minificciones, 1988.

gobierno franquista y cuya integridad estaba en entredicho para las autoridades. Pertenecía a la «España rota», a la otra España. La Guerra Civil quebró España en dos mitades, y, cuando el conflicto bélico terminó, una de las mitades se colocó encima de la otra con todo su peso. A mi padre, este estigma le supuso bastantes dificultades, sobre todo a la hora de encontrar una forma de ganarse la vida, pero era un luchador, un superviviente, y esto no impidió que lograra salir adelante.

Después de abandonar el campo de concentración regresó a Barcarota, junto a mi madre. Ella había permanecido a la espera desde su partida años atrás, cuando se había unido como voluntario al ejército, y jamás perdió la esperanza de que regresaría mientras permaneció cautivo. Ella lo quería mucho, y él a ella. No me cabe la menor duda de que mi madre lo habría esperado el tiempo que hiciera falta. Como no podía ser de otro modo, contrajeron matrimonio. Al casarse eran ya mayores para los estándares de la época, pero a nadie le importó. Mi padre tenía entonces 35 años, y mi madre, uno más.

Al regresar al pueblo, él decidió montar una pequeña escuela para los hijos de los encarcelados. Yo no la conocí, aún no había nacido, pero recuerdo que mi abuela tenía en el desván un mapa de España, alguna mesita y tres o cuatro trastos de aquella escuela. Quien sí la conoció, incluso como alumna, fue mi hermana mayor, Encarna, que nació en esos primeros años tras quedar libre mi padre. Mi hermana Josefina era muy pequeñita entonces y no asistió. Por desgracia, aquella escuela no pudo permanecer abierta porque las autoridades la declararon ilegal. Un día, unos hombres del gobierno llegaron al pueblo y le dijeron que, para ser reconocido como maestro y que en su escuela pudieran instruirse niños, debía impartir la asignatura de religión. Él era un hombre de convicciones firmes, y quizá un poco terco y orgulloso, de modo que se negó, por lo que le cerraron la escuela. Entonces había una enorme escasez de personas habilitadas para dar clase, hubo una gran depuración, y se hacían ese tipo de concesiones, incluso con individuos no afines, pero siempre que éstos estuvieran dispuestos a seguir determinadas pautas. Enseñar religión era una de ellas.

Con el tiempo, he tenido ocasión de conocer a varios alumnos

de la escuela de mi padre. En un viaje a Barcarrota a principios de los años setenta, me topé con un hombre que era de la Policía Armada y me dijo que había sido alumno de mi padre. También me pasó eso con varios que prosperaron como obreros industriales en la emigración. Uno de aquellos alumnos, de apellido Guerra, llegó a ser el presidente del comité de empresas de la Seat en Barcelona. Con este último tuve un encuentro en 1994, tras ser elegido para sustituir a Nicolás Redondo al frente de la comisión ejecutiva confederal de la UGT. Se acercó a mí y me habló de mi padre y de su escuela. Me contó que su padre le había llevado siendo chico y le había dicho al mío: «Cándido, devuélvemelo, aunque sea con la piel en los huesos, pero que sepa leer, escribir y las cuatro reglas». Me habló, además, de cómo era mi padre como profesor. Me dijo que era muy recto y buen maestro, y me reveló algo que me resultó profundamente conmovedor: «Cuando le quitaron la escuela, Cándido, llorábamos como niños; bueno, lo que éramos». Lo recordaba con mucho cariño, y esa imagen de mi padre a través de los ojos y del recuerdo de otra persona me es muy emotiva.

Pese a las consecuencias de negarse a impartir religión, mi padre no vaciló; era ateo y de principios férreos. Para ejemplificarlo un poco mejor, puedo contar que no asistió ni siquiera a mi bautizo, tampoco al de mis hermanas. Si nos bautizaron fue por voluntad de mi madre, que era católica, aunque no practicante de las de misa diaria, ni muchísimo menos. Ella profesaba devoción a la Virgen del Soterraño, patrona de Barcarrota. Mi padre no impidió nuestro bautismo, pero tampoco quiso ser partícipe. En ese sentido, la relación entre mi madre y mi padre era muy particular. Recuerdo que él la llamaba cariñosamente «la mi beata» —en el habla de Extremadura, a veces, los pronombres se utilizan de este modo, precedidos de artículo—. Tras la muerte de ambos, yo diría, de hecho, que en este aspecto mi padre ha salido victorioso. La ornamentación de la tumba en la que ambos descansan no exhibe ninguna cruz. Él murió primero, con 81 años de edad, y unos diez años después lo hizo mi madre, con 92 años; pero, cuando ella falleció, unimos sus restos y los de mi padre para que estuvieran juntos. Así, su nicho es un nicho ateo. Puedo afirmar, no obstante, que la convicción antirreligiosa de mi pa-

dre fue perdiendo firmeza con el paso de los años. Cuando llegó la hora de bautizar a mi hijo mayor, el que lleva su nombre, fue él, el hombre incuestionablemente ateo, quien lo llevó a la pila bautismal. No pudo ser el padrino oficial porque no era creyente, pero aquello no le importó.

Volviendo a lo de su escuela..., en su lugar, cualquiera se habría venido abajo cuando aquellos hombres se presentaron en el pueblo y le cerraron la escuela, pero no mi padre. Decidió buscarse las habichuelas en otra parte y cambiar radicalmente de tercio.

Se trasladaron a Los Santos de Maimona, un pueblo cercano, al sur de Mérida, y montaron una carnicería. Tampoco la recuerdo, porque yo era muy pequeño, pero he visto fotografías e incluso he estado allí siendo adulto. Un día, siendo ya secretario general de la UGT, durante una jornada en la que se había organizado un acto en aquel pueblo de la provincia de Badajoz, me acerqué hasta el lugar en el que habían residido mis padres. Allí parado, tratando de imaginar a mis padres o de que algún recuerdo brotase desde lo más profundo de mi memoria, de pronto se abrió el postigo de un portón. En el umbral apareció una señora que me espetó: «Usted es Cándido Méndez, ¿qué está mirando?». Me conocía por los medios de comunicación. Le respondí que mi familia y yo habíamos vivido en ese mismo lugar. Ella, al cabo, sonrió y me dijo señalando hacia un lado: «Ustedes vivían en la parte de ahí abajo». A continuación, me invitó a que la siguiera, quería enseñarme algo. Entré tras ella, y accedimos a un patio en el que había una gran placa de mármol deteriorada por el tiempo. «Éste era el mostrador de la carnicería en la que estaba su padre», me dijo la señora. Estaba un poco sucia, pero, al posar la mano sobre la superficie lisa de aquella plancha de piedra con vetas negras, una leve sonrisa se dibujó en mi rostro. Uno puede toparse con un recuerdo grato en el lugar más insospechado. Mi hermana Josefina conserva una foto en la que aparece mi padre con el mandil de carnicero, una tiza en la oreja, una barra de afilar y un enorme cuchillo. Junto a él, en esa foto, está mi madre muy bien compuesta, preciosa, también vestida con un delantal.

La carnicería tampoco perduró. No les salió como esperaban. Al cabo de no demasiado tiempo, como el negocio no producía

los suficientes beneficios para mantener a la familia, mi padre decidió partir en busca de nuevas oportunidades. Fue así como terminamos en Jaén.

Dejamos atrás la provincia de Badajoz para mudarnos a Andalucía cuando yo tenía 6 años. Sé con certeza que fue con esa edad porque recuerdo perfectamente acompañar a mi padre a comprar los billetes. En la estación vivimos un episodio que ahora recuerdo con nostalgia. Todavía puedo sentir el pescozón que me llevó... Al encontrarnos frente al taquillero que vendía los billetes, mi padre le indicó que quería dos de adulto, dos medios para mis hermanas y uno de niño. Entonces, el hombre le informó de que los billetes para niños de 5 años o menos eran gratuitos, pero yo, con toda la inocencia que todavía me caracterizaba, apunté: «Yo tengo 6, papá». De ahí la colleja. Afortunadamente el taquillero le dio más crédito a mi padre que a mí... El dinero no sobraba.

En Jaén, mi padre había conseguido trabajo en una empresa con diversas adjudicaciones dentro del Plan Jaén, un programa de reconstrucción de infraestructuras promovido por el gobierno, que contemplaba el desarrollo de esa provincia en concreto. En primera instancia, se dedicó a la canalización de agua potable para distintos pueblos, lo que nos llevó a vivir en distintos lugares. Residimos en varios puntos de la provincia, saltando de un lugar a otro, yendo y viniendo. Campillo del Río —pedanía de Torreblascopedro—, Úbeda, Jaén capital, Martos..., en un montón de sitios. En ese tiempo, uno viajaba siempre con la incertidumbre de lo que iba a encontrarse al llegar, no era como hoy, que puedes ponerte en contacto de antemano. Y nos trasladábamos con muy poco, pues apenas teníamos pertenencias. Lo que más recuerdo de entre las cosas que nunca dejábamos atrás es la cama de matrimonio de madera con unos vástagos de hierro con la cabeza cuadrada que fijaban los travesaños. Me es imposible recordar cuántas veces la montamos y la desmontamos.

Una de las consecuencias de tantos traslados es carecer de raíces territoriales, lo que agradezco profundamente a mis padres. Mis raíces son sobre todo ideológicas, y mi hogar es mi familia. Gracias a ello, con los años he podido desarrollar una cierta visión —muy legítima— de las reivindicaciones territoriales.